

La Posible Ayuda de la Filosofía a la Economía

Ignacio Falgueras Sorauren, Universidad de Málaga

ifs@uma.es

Ignacio Falgueras Salinas, Universidad de Málaga

jifalgueras@uma.es

Recibido: 20 de febrero de 2014

Aceptado: 31 de mayo de 2015

Resumen: El artículo versa sobre la necesidad que tiene la Economía moderna de ser iluminada desde la filosofía. Para ello se describen ciertos conflictos irresolubles que aparecen en la ciencia económica actual como consecuencia de la confusión moderna entre el método y el tema. Seguidamente, se apunta una vía de colaboración entre ambos saberes diferente a las usuales, que permite superar dicha confusión y sus consecuencias.

Palabras clave: Economía, Filosofía, Tema de la ciencia, método de la ciencia.

Abstract: This paper explains that modern economics requires the help of philosophy to resolve some internal conflicts of the science. After describing these internal conflicts, it is shown that they emerge from the existing confusion between the subject-matter and the method of the science. The paper concludes by proposing a different way of cooperation between these branches of knowledge that overcomes this confusion and, consequently, can be used to resolve those conflicts.

Keywords: Economics, Philosophy, subject-matter (of the science), method (of the science)

I. Introducción

Si existen dos saberes a primera vista discordes o por completo separados en las direcciones de sus temas y métodos, éstos son la filosofía y la economía¹. La filosofía es búsqueda *pura* y desinteresada de *la verdad*², la economía es la administración práctica e interesada de los recursos humanos escasos para aumentar la riqueza. Filosofar es, como dice Leonardo Polo, «pararse a pensar», y pararse significa dejar de hacer, detener la acción, dedicando toda la atención al pensamiento (Polo 1985, 75). Hacer economía significa dedicar toda la atención a una actividad práctica que tiene que ver, directa o indirectamente, con el problema de la subsistencia, procurando el máximo rendimiento con el mínimo gasto³.

Es evidente, sin embargo, que existen puntos de contacto entre la filosofía y la actividad económica. Por un lado, es cierto aquello de «*primum vivere, deinde filosofare*» (primero vivir, después filosofar), es decir, lo urgente es vivir, filosofar es una tarea supererogatoria o lujosa. De lo que se deduce que la economía se requiere para poder filosofar, aunque sólo como *conditio sine qua non*, de ningún modo como principio positivo que dirija algún paso o contenido filosóficos; antes al contrario, para filosofar es preciso desprenderse de toda preocupación o interés práctico.

Mas, por otro lado, la actividad filosófica, a pesar de su abstención acerca de toda positividad práctica y económica, puede tematizar desinteresadamente la economía. La atención a los problemas que lleva consigo la comprensión de la realidad induce a la filosofía a marginar los problemas individuales y relativos a la propia subsistencia, pero no los que afectan a la búsqueda de la verdad, entre los cuales se incluye la de la actividad económica. De modo que, sin intervenir en su hacer, la filosofía puede dedicar parte de su esfuerzo a conocer temáticamente la economía, no para obtener beneficios, sino sólo para alcanzar el conocimiento de su verdad. Éste es el segundo punto de contacto entre ambas, que es un punto de unión, pero hecho posible únicamente desde el método filosófico, que respeta por completo la índole de lo económico al fin exclusivo de comprenderlo.

Queda patente, así, la dispar ayuda que se ofrecen mutuamente la actividad económica y la filosófica. La filosofía puede ayudar a la intelección de la economía, es decir, teóricamente, mientras que la economía ayuda a la

¹ Téngase en cuenta que no usamos indistintamente los términos «Economía» (ciencia) y «economía» (actividad económica práctica). Para una explicación más detallada de esta distinción, véase Falgueras Salinas (1988a, p. 81).

² Según Aristóteles (1985, p. 276), lo que hacen los filósofos no tiene utilidad alguna, porque no buscan el interés humano, por eso la filosofía es la última de las ciencias y la menos necesaria, pero la mejor de todas (Aristóteles 1970, pp. 12 y 17).

³ Cfr. Jevons (1957, pp. 23, 27, 37-38; 1965, pp. 67, 71). Respecto a la relación de la actividad económica con el problema de la subsistencia humana, véase Falgueras Sorauren (2005).

filosofía prácticamente, para que pueda olvidarse de todo problema práctico y dedicarse a la búsqueda pura de la verdad. Es tal la disparidad entre ambas ayudas que no parece posible considerarla, propiamente, como una vinculación *positiva* entre ellas, o – dicho con terminología de Polo (1999, pp. 164 ss.)⁴ –, una verdadera dualización. Desde luego, por el lado de la actividad económica es obvio que no existe necesidad vinculante alguna que requiera el concurso de la filosofía para que pueda desarrollarse.

Sin embargo, la atención de la filosofía hacia la actividad económica en busca de su comprensión sí puede ser descrita como una dualización, pues dualizarse sólo implica el desdoblamiento de una actividad inmanente por referencia a otra que, en su respecto, puede o bien quedar inalterada, o bien ser puramente pasiva, aunque también, en algunos casos, pueda ser desigual y dualmente activa. En la relación que estudiamos la filosofía es la única que se dualiza con respecto a la actividad económica, pues aun siendo extraña a ella, su método es tan amplio – la búsqueda pura de la verdad – que puede desdoblarse unilateralmente y, sin salir de su propio ejercicio metódico, atender a la verdad real sobre la que se sustenta la economía⁵. Naturalmente, la dualización de la filosofía con la actividad económica no ayuda, en principio, a ésta a ser más eficiente, sino sólo a que el hombre que hace economía comprenda mejor su actividad y a sí mismo.

Aparte de lo recién indicado, y en la línea de su método, la filosofía ha incentivado, además, la aparición de las ciencias, es decir, de aquellos modos del saber que buscan la certeza *demostrativa*. Sin la filosofía no habría nacido la ciencia, porque para demostrar hace falta partir de unos principios, y sólo la filosofía busca y conoce los primeros principios reales de todas las cosas. Tales primeros principios reales se cumplen siempre en el mundo, y, aunque los usen, pasan generalmente desapercibidos tanto a las ciencias como a los demás saberes. Toca a la filosofía conocerlos, pero el conocerlos no cambia nada en el mundo, porque, como hemos dicho, ellos se cumplen siempre. Imitando, por su parte, a la filosofía, las ciencias buscan los principios propios de una región del saber, aquella de la que cada una se ocupa, para, a partir de ellos, poder establecer sus demostraciones o conocimientos ciertos. Por consiguiente, en su relación con las ciencias, la filosofía se comunica con disciplinas que han nacido de su propia inspiración y la imitan, por eso cabe esperar la posibilidad de una dualización mutuamente activa⁶ entre las ciencias y la filosofía, ya que unas y otra buscan principios reales, aunque de diferente alcance: la filosofía busca los primeros principios reales de todo el saber sobre el mundo, mientras que

⁴ Véase también Piá (2001).

⁵ El desdoblamiento, en este caso, consiste en tener en cuenta el tema y el método ajenos sin perder los propios.

⁶ No se sobreentienda que la mutua actividad sea igualitaria u homogeneizante, pues toda dualización humana es jerárquica.

cada ciencia busca los primeros principios de su saber concreto, como ya decía Tomás de Aquino (1961, pp. 10-11).

Permítasenos hacer una consideración de pasada, pero importante. El modo de establecer el diálogo interdisciplinar debe hacerse como una dualización activa de los saberes. Dualizarse no es invadir con el propio método campos ajenos, ni reducir un saber a otro, sino abrirse respectivamente (incluida la filosofía) a los principios que cada saber ha descubierto, no para negar los del saber propio, sino para integrarlos junto con los otros en referencia al fundamento y a la destinación, que son las ultimidades, o puntos cardinales del saber, y dos de los temas últimos de la filosofía.

Pues bien, considerada más como un arte (o técnica) por los antiguos y medievales, sólo tardíamente en la modernidad se ha desarrollado la Economía como ciencia. En su propio estatuto la ciencia económica contiene la mezcla de técnica y ciencia, propia de las ciencias empíricas modernas, por lo que tiende a establecer demostraciones intuitivas, que en realidad retrasan, más que favorecen, su propio desarrollo *teórico*. Lo cual no impide que haya descubierto ciertas leyes o principios de su saber, que han de ser tenidos en cuenta por la filosofía.

Si la filosofía puede dualizarse con la ciencia moderna, aprendiendo de ella los datos nuevos que incorpora, y ayudándole a abrirse a su fundamento y a su destino, eso mismo es lo que puede aportar a la ciencia económica: una mejor comprensión de su tema, de sus principios y de las limitaciones de su método, vistos desde el fundamento y la destinación.

Esperamos que haya quedado claro el sentido de lo que afirmamos: la filosofía como saber no puede ayudar en nada a la *actividad económica* como tal, pero sí unilateralmente a la inteligencia del hombre que la ejerce, mientras que la actividad económica puede permitir u obstaculizar el desarrollo íntegro de la filosofía. Pero esto que acabamos de decir vale sólo para la *actividad económica* o la economía con minúscula, no para la ciencia económica, la cual es capaz de cierta dualización bi-activa, aunque desigual, con la filosofía: mostrándole sus principios, y abriéndose a la visión más amplia que, desde la búsqueda del fundamento y de la destinación, proporciona la filosofía.

En el presente trabajo explicaremos algunos problemas de la ciencia económica a los que puede aplicarse esta interpretación «poliana» de la colaboración entre la Economía y la filosofía. A tal fin, intentaremos mostrar cómo la ciencia económica actual está necesitada precisamente del tipo de ayuda recién explicada, asunto que desarrollaremos en dos pasos. En un primer momento – en el apartado segundo del trabajo – describiremos ciertos conflictos concretos que aparecen en la ciencia económica actual y

resultan irresolubles desde la misma, como consecuencia de la confusión entre el método y el tema que acontece en la Economía moderna. Seguidamente, y antes de la conclusión, en el apartado tercero, ofreceremos algunas razones por las que esta confusión método-tema no es beneficiosa para la Economía.

II. Necesidad de la ayuda de la filosofía a la Economía: algunos problemas irresolubles desde la ciencia económica.

Una vez clarificada, en líneas generales, la posible ayuda que la filosofía puede prestar a la Economía (como ciencia) la cuestión que abordamos a continuación es la siguiente ¿está especialmente necesitada la Economía de ayuda o, por el contrario, puede decirse que dicha colaboración, aunque bienvenida, no es urgente?⁷

A grandes rasgos, nuestra respuesta es que dicha ayuda resulta apremiante, porque la ciencia económica actual está sumida en un estado de perplejidad. Naturalmente, esta apreciación requiere ser precisada en, al menos, dos sentidos. En primer lugar, y dado que en la ciencia económica existen distintas formas de entender (y de hacer) la teoría económica, que cristalizan en distintas escuelas de pensamiento, conviene especificar en cuál de ellas vamos a fijar nuestra atención. En segundo lugar, y a fin de evitar innecesarias obscuridades, hemos de precisar el uso que hacemos del término «perplejidad» para describir el estado de la ciencia económica actual.

Comencemos por el primer punto. En lo que sigue, emplearemos el término «ciencia económica» para designar exclusivamente a la forma de hacer Economía más extendida en la actualidad, la comúnmente conocida como escuela «neoclásica» u «ortodoxa». Por lo tanto, excluimos de nuestra consideración otras escuelas de pensamiento que tienen cabida en la ciencia económica, como, por ejemplo, la escuela austríaca o los institucionalistas. Tras esta primera precisión, y dado que, según señalan algunos economistas (Colander 2000; Colander et al. 2004; Dow 2007), la denominación de «neoclásica» u «ortodoxa» – aunque de uso común – no refleja correctamente lo que es la corriente principal de pensamiento en la teoría económica de hoy, conviene afinar aún más el sentido que le vamos a dar al término «Economía». De ahora en adelante, cuando lo utilicemos, vamos a referirnos a la «teoría microeconómica» o «microeconomía» a secas, que es

⁷ No pretendemos sugerir que ambos saberes hayan discurrido sin que exista ningún contacto mutuo hasta el momento y que seamos los primeros en proponer que la filosofía deba ayudar a la Economía. Siempre ha existido alguna relación entre ambos saberes, que en la actualidad se produce en el campo denominado «filosofía de la economía» – véase la sección IV del presente escrito.

la hija de la teoría neoclásica cuyos orígenes se pueden remontar a los autores marginalistas: Jevons y, principalmente, Walras y Marshall (Falgueras Sorauren, 2012).

Pasemos ahora al punto segundo, esto es: a precisar el sentido en el que usamos el término «perplejidad». Entendemos por perplejidad aquella situación en que se encuentra una ciencia cuando, al desarrollar su propia metodología, cae en contradicciones insolubles y, a la vez, inevitables, lo cual la hace desembocar en su paralización como saber⁸. Aplicamos este término para describir el estado de la Economía actual por analogía con el estado en el que cayó Kant al usar cierto método filosófico cuando intentaba resolver los problemas de la cosmología, y cuyo resultado fue la paralización del saber. Kant entró en perplejidad cuando se percató de que con la imitación del método newtoniano en la cosmología no era posible resolver las antinomias – esto es, pares de proposiciones contradictorias entre sí, que podían ser igualmente válidas por razón de su fundamento, y que surgían al intentar responder a cuestiones insoslayables para la razón (Falgueras Salinas, 1999).

Se trata, por lo tanto, de un uso analógico del término, y como tal debe entenderse: no estamos proponiendo que los economistas se encuentren paralizados en su saber en el sentido de que, al igual que le ocurría a Kant con la metafísica, reconozcan la imposibilidad de dar respuesta a algunas cuestiones insoslayables de la ciencia económica. Al contrario, lo común es encontrar que cada economista en particular propone una defensa del método de la Economía y prosigue con la aplicación del mismo a distintas cuestiones, con mayor o menor (o nulo) éxito. La antinomia aparece cuando nos percatamos de que en el panorama que se dibuja en la teoría microeconómica actual es posible encontrar economistas que sostienen posiciones totalmente opuestas entre sí – y obviamente utilizando el mismo método de la microeconomía. Es en este sentido analógico en el que aplicamos la perplejidad a la teoría económica, pues de modo impropio y traslaticio puede sostenerse que *la microeconomía como saber* se encuentra perpleja en tanto en cuanto no proporciona a los economistas planteamientos ciertos y seguros desde los que poder resolver algunas cuestiones de suyo inevitables.

Una vez hechas estas precisiones terminológicas, procedemos a explicar las dos cuestiones centrales en las que, como mínimo, se puede detectar la perplejidad en la Economía.

⁸ Aunque la perplejidad suele ser entendida como una situación práctica del hacer humano nosotros, siguiendo a Polo (1964, p. 32), la referimos a una situación del saber cuya característica es la paralización del saber teórico.

II.1.- *Primera cuestión central: la relación teoría económica-realidad*

Cuando los economistas se plantean el sentido de sus investigaciones, podemos encontrar en el panorama de la ciencia actual dos posiciones contrapuestas. Por un lado, están aquellos autores que, utilizando modelos contruidos según las reglas de la microeconomía, llegan a la conclusión de que este método es lo suficientemente potente como para explicar cualquier aspecto de la vida humana, e incluso de la vida animal, abarcando al final a la propia biología. En el otro extremo, están aquellos economistas que se muestran escépticos sobre la capacidad de la Economía para resolver, estrictamente hablando, sus problemas más propios.

En el primer grupo se encuentran aquellos autores que defienden lo que se ha venido a conocer como «imperialismo económico». Aunque se trata de un movimiento complejo y no homogéneo, cabe proponer como ejemplos sobresalientes del mismo los trabajos de G. S. Becker y J. Hirshleifer, cuyas principales ideas y propuestas pasamos a resumir seguidamente.

Si nos centramos, en primer lugar, en la obra de Becker, en ella es posible distinguir dos posturas según *la amplitud del tema* que él considera que puede ser estudiado y explicado por la ciencia económica. *En una parte de su obra*, (Becker 1976; 1993) sostiene que cualquier comportamiento humano – ya sea la cantidad de carne que voy a comprar en el supermercado, ya sea el número de hijos que voy a tener, o la carrera que debo elegir – puede ser estudiado y explicado por la Economía. Para este autor, la Economía (como ciencia) se caracteriza porque no tiene un tema propio, sino que es definida sólo por su método, esto es, por la forma en la que se aproxima a los problemas (Becker 1976, p. 5). Este método propio o «enfoque económico» se basa en tres supuestos fundamentales: 1) que las personas se comportan maximizando algún objetivo; 2) que tienen preferencias estables en el tiempo, y 3) que sus relaciones se establecen a través de mercados.

Aplicando estos tres principios básicos, Becker analiza áreas del comportamiento humano que anteriormente se consideraban fuera del ámbito de la Economía. Algunas variantes del «imperialismo económico» actual derivan directamente de estos trabajos pioneros, por ejemplo, lo que hoy se conoce como el análisis económico de la familia, del derecho o el de las adicciones, entre otras⁹. Indirectamente inspiradas por su método, han surgido otras formas de «imperialismo económico», como pueden ser el

⁹ Para el análisis económico del derecho, véase Becker (1976, pp. 39-85) y Posner (1987), y para el de las adicciones, véase Becker y Murphy (1988).

análisis económico de la religión¹⁰ o, lo que hoy se conoce como la «economía friki».

Sin embargo, en *otra parte de su obra*, Becker va más allá en sus planteamientos y defiende que el método económico recién descrito puede ser empleado para estudiar cualquier tipo de comportamiento, incluido el de los animales, como puede verse en Becker (1991, pp. 307-323). Es más, aunque de forma sutil, Becker da pie a entender que su método también se puede aplicar a la biología, cuando – como aprecia de modo correcto Hurtado (2008, p. 335) – elimina la palabra «humano» de su definición de ciencia económica, así como establece enlaces con teorías socio-biológicas (Becker 1976, pp. 282-294).

Hirschleifer, el otro gran promotor del «imperialismo económico», es más agresivo aún que Becker en la aplicación de la teoría económica al estudio del comportamiento no humano¹¹. Según él, la relación entre la biología y la Economía es tan estrecha (Hirshleifer 1977; 1978) que existiría una «economía natural» (bioeconomía) subyacente a todo ser viviente y que podría ser estudiada en cooperación por ambas ciencias. En realidad, lo que los economistas hemos estado estudiando hasta el momento – la economía política – sería, de acuerdo con Hirshleifer, sólo una pequeña parte de lo que él denomina el gran cuadro económico: “No sólo las plantas y los animales, sino también los seres humanos, interactúan de forma económica en gran medida en términos de una economía natural más que en términos de una economía política” (Hirshleifer 1978, p. 336).

Por tanto, y resumiendo lo dicho hasta el momento, esta primera línea sostiene que la Economía, o bien ella sola o bien asociada con la biología, es un saber que lo abarca todo, y en esa medida es el saber que ilumina cualquier problema de cualquier campo, acercándose a la pretensión de ser el saber práctico último, sólo que entendido «a la baja», como el saber al que necesariamente se reducen en la práctica los otros saberes humanos.

En el extremo opuesto al del imperialismo nos encontramos con aquellos economistas que dudan de la capacidad de la ciencia económica para iluminar ni tan siquiera los problemas que tradicionalmente se consideran como propios. Naturalmente, entre ellos existen diversos grados de escepticismo: por un lado, están los que desconfían del avance descompensado de la ciencia económica como teoría pura, esto es, de un desarrollo de modelos teóricos que se unilateraliza respecto de los

¹⁰ Para un análisis económico de la religión, véase Azzi y Ehrenberg (1975), Iannaccone (1998) y Iannaccone et al. (1998); para la «economía friki», véase Levitt y Dubner (2005; 2010)

¹¹ Para una exposición de su concepción de la Economía, véase Hirshleifer (1985; 1992).

problemas prácticos, con olvido de lo real (escepticismo parcial)¹²; y por otro, los escépticos totales del método.

Considerando las formas de escepticismo total, nos encontramos, por ejemplo, con Blaug (1998, pp. 12-14), quien sostiene que la Economía ha experimentado lo que él denomina un proceso de “formalización”, cuyo resultado ha sido la conversión de la teoría económica en un mero juego intelectual, al que juegan los economistas por su propio interés y no por su importancia práctica. También Sudgen (2000, p. 1) señala, como anécdota personal, que algunos economistas, bajo cuerda y en conversaciones personales, reconocen que en sus investigaciones se están limitando a jugar un juego con otros economistas teóricos¹³. Yendo más allá, Rubinstein expresa las siguientes dudas:

(...) este escrito contiene una pregunta de fondo que me hago de forma obsesiva: ¿qué diablos estoy haciendo?, ¿qué intentamos lograr los economistas teóricos? En esencia, jugamos con juguetes a los que llamamos «modelos». Nos permitimos el lujo de seguir siendo niños durante toda nuestra vida profesional, y, además, nos pagan bien por ello. Nos llamamos economistas y el público piensa ingenuamente que mejoramos el funcionamiento de la economía, aumentamos la tasa de crecimiento o evitamos las catástrofes económicas. Por supuesto, podemos justificar esta imagen repitiendo algunos de los eslóganes sonoros y fantásticos que usamos en nuestras propuestas para obtener subvenciones. Pero, ¿creemos de verdad en esos eslóganes? (...). Mi mayor dilema está entre mi atracción por la teoría económica y mis dudas sobre su relevancia (Rubinstein 2006, pp. 865-866).

Aunque en la última parte del discurso Rubinstein intenta ofrecer una solución a sus dilemas, tampoco ésta deja muy bien parada a la teoría económica, ya que al final concluye que los economistas no hacemos más que contar fábulas o cuentos de hadas, que tienen alguna relación con la realidad, pero sin saber muy bien cuál (Rubinstein 2006, pp. 881-882)¹⁴.

Resumiendo todo lo expuesto en este apartado, cabe afirmar que en la Economía se perfila una primera antinomia: se dan *respuestas contradictorias* a la cuestión *inevitable* de la validez real del método económico. Por un lado, el imperialismo, o sea, la extensión generalizada del método a cualquier dimensión de lo real; por otro, el escepticismo, o sea, la descalificación del método para conocer ni tan siquiera la actividad económica. Tanto imperialistas como escépticos usan el mismo método (la microeconomía), pero sus conclusiones son incompatibles entre sí. Por

¹² Signos del escepticismo parcial pueden encontrarse en los siguientes artículos: Leontief (1971), Blackman (1971), Workswick (1972), Phelps Brown (1972), Baumol (1991), Friedman (1991), Oswald (1991).

¹³ Véase Mayer (1992, pp. 3-4) para otros ejemplos y anécdotas similares.

¹⁴ Rubinstein afirma incluso que “(...) como economista teórico tiene poco que decir sobre el mundo real y (...) hay muy pocos modelos en teoría económica que puedan ser utilizados para dar consejos de política económica” (Rubinstein, 2006, p. 881).

tanto, ante la cuestión insoslayable de cuál es la aportación de la ciencia económica al conocimiento real, existe un desacuerdo básico en la Economía.

II.2.- *Segunda cuestión central: la formulación de algunos de los conceptos fundamentales de la Economía desde su método*

La perplejidad aparece también cuando se pretende precisar el significado de algunos conceptos fundamentales de la Economía. En estos casos, la paralización del saber se manifiesta, por lo general, como la imposibilidad de dar un sentido coherente a dichos conceptos, lo que favorece que, de hecho, sean interpretados de formas antagónicas e inconsistentes entre sí –es decir: que no se sepa su verdadero significado. Entre los distintos conceptos que no escapan a la perplejidad, nuestra exposición va a concentrar su atención en el de «racionalidad», por dos motivos principales: porque (i) se trata de un concepto central para la teoría económica; y porque (ii) este concepto genera formas de perplejidad extremas.

Aunque se trata de un concepto que está rodeado de una gran ambigüedad dentro de la ciencia económica (Hutchinson 1997, pp. 133-134), la mayoría de los autores lo asocian, de forma más o menos directa, a la resolución de un problema de maximización de alguna función objetivo. Por este motivo, Hamlin (1986, p. 14) sostiene que la forma más común de entender la racionalidad en la teoría microeconómica es la de «maximización de la utilidad». En lo que sigue será precisamente esa noción la que adoptaremos nosotros, aunque bien entendido que tal definición es genérica y debe amoldarse a la formulación de la racionalidad que se esté considerando en cada caso. A continuación vamos a apuntar dos antinomias que se relacionan con dicho concepto y que están asociadas a los dos objetivos para los que lo utilizan los economistas: el explicativo-predictivo, y el normativo (Sen 1987; Langlois 2001).

II.2.B.- *La racionalidad como descripción del comportamiento humano*

El concepto de racionalidad económica ha sido ampliamente criticado tanto desde fuera como desde la propia teoría económica. Uno de los autores que, dentro de la ciencia económica, más activamente se ha dedicado a desarrollar un concepto diferente de racionalidad ha sido Herbert A. Simon, quien articula su crítica en torno a dos ideas principales:

1) *El principio de racionalidad limitada*. Según este autor, el ser humano encuentra grandes dificultades para comportarse racionalmente (Simon

1957, pp. 198-199). Como explica un poco más detalladamente en otra de sus obras, el comportamiento real no puede cumplir los requisitos de la racionalidad objetiva, porque los requerimientos de información y la capacidad de razonamiento que se necesitan para tomar una decisión racional, según la teoría, son imposibles de satisfacer en la gran mayoría de casos prácticos (Simon 1983, p. 17)¹⁵. Por otra parte, aunque se tuviera toda la información necesaria, la capacidad de razonamiento es limitada con respecto a los problemas cuya solución óptima se debe calcular (Simon 1987b, pp. 243-244).

Lo que propone Simon (1987a, p. 266) es sustituir este principio de racionalidad por el de *racionalidad limitada*, con el que designa aquella elección racional que toma en cuenta todas las anteriores limitaciones del decisor.

2) *La sustitución del criterio de maximización de la utilidad por el de la satisfacción de objetivos como caracterización de la racionalidad*. La consecuencia inmediata del principio de racionalidad limitada es que el criterio racional de elección no puede ser la maximización de la utilidad (Simon 1987a, p. 267), por eso propone sustituirlo por el de la satisfacción de objetivos, que es mucho más sencillo, ya que implica la elección de aquella primera alternativa que satisface algunos criterios, pero que no tiene por qué ser ni la única que los cumple ni la óptima entre todas las acciones posibles (Simon 1957, pp. 204-205 y 250; 1987b, pp. 243-244).

En conclusión, la racionalidad, tal y como se entiende en teoría económica, es excesivamente exigente incluso para la propia racionalidad humana y se corresponde más bien con un modelo de “la mente de Dios” (Simon 1983, p. 34) por lo que debe ser desestimado como modelo de racionalidad, en la teoría y en la práctica (Simon 1983, p. 13), para cualquier organismo vivo (Simon 1954, p. 241).

Vista la conclusión a la que llega Simon, puede resultar sorprendente que otros autores apliquen justo el concepto de racionalidad que él rechaza al estudio del comportamiento de los animales – en particular ratas de laboratorio –, y encuentren que éste sí se ajusta a las exigencias de la racionalidad económica¹⁶. Por ejemplo, Kagel, Battalio, Rachlin, Green (1981, pp. 13-14) sostienen que:

¹⁵ Para una descripción de la limitación respecto de los requerimientos de información, véase Simon (1997, pp. 93-94).

¹⁶ Ideas similares se defienden en: Kagel et al. (1975); Kagel et al. (1980); Battalio et al. (1981); Battalio et al. (1981); y Battalio et al. (1985) – este último especialmente interesante para el caso que nos ocupa, porque los autores aplican el grado más exigente de racionalidad (la utilidad esperada) al comportamiento de las ratas.

“(...) el hecho de que los animales (o los hombres, para el caso) hayan deducido conscientemente su comportamiento es irrelevante para nuestra caracterización de dicho comportamiento como una solución a un problema de maximización restringida (...)”.

De la consideración de los argumentos hasta aquí expuestos resulta que, aplicando al comportamiento de las ratas el mismo concepto de racionalidad que Simon demostraba ser excesivo para cualquier ser vivo, ahora se revela ajustado, en cambio, a las exigencias de la racionalidad económica, de manera que ésta funcionaría incluso por debajo de la actuación racional humana – tan por debajo, que, si fuera verdad que las presiones evolutivas hubieran determinado comportamientos económicos eficientes tanto en las personas como en los animales, resultaría innecesario que los economistas hicieran Economía normativa¹⁷, porque los principales problemas económicos estarían solucionados directamente por la propia naturaleza, es decir, no serían verdaderos problemas.

La antinomia se perfila aquí de forma clara: al estudiar el concepto de racionalidad económica vinculado a la motivación explicativo-predictiva es posible concluir, por un lado, que las ratas (o cualquier ser vivo) lo cumplen naturalmente, y que, por otro lado, aquél resulta ser excesivamente exigente para cualquier ser vivo, incluido el ser humano; o dicho de otro modo, es posible concluir que la eficiencia exigida por la racionalidad económica es un ideal inalcanzable para cualquier ser vivo y, a la vez, que dicha eficiencia se alcanza automáticamente en todos los seres vivos.

II.2.C.- *La racionalidad científico-económica como guía de la racionalidad práctico-económica*

Esta antinomia aparece cuando se trata de aplicar la racionalidad económica teórica como guía normativa de la racionalidad práctico-económica, por lo que está vinculada con la motivación prescriptiva antes mencionada. El problema que veremos se plantea es especialmente acuciante para la ciencia económica, dado que desde sus orígenes ella ha pretendido orientar la práctica económica del hombre.

Hasta donde hemos podido averiguar, esta antinomia puede detectarse por vez primera en la crítica que Knight hace de un ejemplo propuesto por Marshall para explicar la idea de equilibrio¹⁸, en el que se describe el

¹⁷ Tampoco la economía entendida como mera *descripción* de ciertos comportamientos sería, desde luego, relevante para la detección y solución de los problemas prácticos, pero es que «bajo presión evolutiva» ni tan siquiera llegaría a existir ciencia económica alguna, ni tampoco la libertad humana.

¹⁸ Aunque de la lectura de estos autores se podría deducir que están utilizando un concepto de racionalidad económica (cálculo teórico de los costes y beneficios de las acciones) distinto del de

comportamiento de un muchacho que recoge moras. Según ese ejemplo (Marshall 1961, p. 331), el óptimo práctico coincide con el óptimo teórico, y, por lo tanto, la actividad práctica debería estar guiada por la teoría. Sin embargo, comentando este texto, Knight (1921, p. 67) afirma: “a duras penas podemos suponer que el muchacho realiza operaciones mentales tales como dibujar curvas o estimar las utilidades (...)”. Y en la nota al pie de esa misma página añade que, en realidad, el muchacho no deliberará mucho, pues “(...) es evidente que lo racional en este caso es ser irracional, porque la deliberación y la estimación cuestan más de lo que valen” (Knight 1921, p. 67).

Desde la contraposición de estos dos textos se perfila la aparición de una paradoja: resulta que, si se intenta aplicar la racionalidad propuesta por la teoría, se termina en la irracionalidad práctica. Para entender por qué aparece esta incongruencia conviene hacer referencia a un texto de Robbins (1962, pp. 90-94), quien, tras equiparar el comportamiento racional a la “consistencia en la conducta”, concluye que: “Ser completamente consistente puede ser irracional (...), porque el tiempo y la atención que requerirían las comparaciones exactas se utilizarían mejor para otros propósitos (...)” (Robbins 1962, p. 92). Estas explicaciones de Robbins dejan entrever, de modo algo más claro que en la discusión entre Knight y Marshall, el grave problema subyacente al concepto de racionalidad económica. Resulta que, para ser racional, es necesario calcular los costes y beneficios de una acción determinada. Pero para calcular los costes y beneficios de dicha acción de modo racional es necesario calcular antes los costes y beneficios del cálculo mismo, lo que genera un proceso al infinito, ante el cual el problema de la decisión queda en suspenso¹⁹, por donde se concluye que, como sugería Knight, la racionalidad práctica debe prescindir de la guía que le proporciona la racionalidad teórica.

Resulta, por tanto, que, cuando se trata de aplicar la racionalidad teórica como guía de la actividad económica, se generan conductas irracionales en la práctica, y que, a su vez, una conducta teóricamente irracional, o sea, que no se ajusta a las consideraciones de la ciencia económica, es en la práctica más racional que aquella que se rige por las orientaciones teóricas. De modo que, en ambos casos, se pierde la dimensión normativa de la Economía.

maximización de la utilidad, ambas formas de entender la racionalidad son equivalentes, como explican Cooter y Ulen (2012, pp. 22-24).

¹⁹ Este mismo problema de proceso regresivo al infinito aparece también en lo que hemos llamado racionalidad teórica – véase Simon (1987b, p. 244), Hamlin (1986, pp. 26-28). Lipman (1991) propone una solución para este tipo de problemas *teóricos* de regresión al infinito pero, obviamente, no soluciona la antinomia racionalidad teórica-racionalidad práctica a la que hacemos referencia en el texto.

En definitiva, la perplejidad se nos ha manifestado en dos direcciones, que siguen a los dos tipos de motivación en los que, según Sen, se aplica el concepto de racionalidad: por un lado, encontramos que, en su motivación explicativo-predictiva, la racionalidad económica sería, a la vez, inferior y superior a la razón humana; y, por otro, al aplicarlo en la práctica, es decir, en su motivación normativa, la propia racionalidad (teórica) se nos vuelve irracional (en la práctica), o bien la irracionalidad (práctica) se nos vuelve racional (en la teoría).

Es de notar que ambas antinomias aparecen al contraponer el método de la ciencia (el concepto de racionalidad teórica) con su tema (la racionalidad práctica humana), y porque se da una mayor importancia al método que al tema. En efecto, la primera antinomia explicada, al decir que la racionalidad humana (temático-práctica)²⁰ está por debajo o por encima de las exigencias de la racionalidad económica (metódica), compara evidentemente el tema con el método, y toma como guía o medida del saber la racionalidad metódica²¹. De modo más claro aún, en la segunda antinomia se opera una comparación de la idea (metódica) de racionalidad económica con la racionalidad práctica humana (temática), con prevalencia de la primera²², es decir, imponiendo el método al tema.

II.3.- *A modo de resumen: la relación de las dos antinomias con la reducción del tema al método en Economía.*

Los dos grandes tipos de antinomias que acabamos de explicar, el que aparece al estudiar la relación «teoría económica-realidad», así como los que aparecen asociados al concepto de racionalidad económica, están vinculados entre sí. Tal conexión se puede detectar en la tesis de Becker (1962) que sostiene la validez de los teoremas principales que se derivan del supuesto de la racionalidad económica, con independencia de que el comportamiento de los agentes económicos reales se ajuste, o no, a dicho supuesto de racionalidad. Para defender este extremo Becker alega que las implicaciones básicas de los teoremas económicos – v.gr.: la pendiente negativa de la curva de demanda – se cumplen en el comportamiento agregado del mercado,

²⁰ La denominamos temático-práctica porque desde sus orígenes la ciencia económica ha tenido como tema u objeto de estudio la resolución práctico-real de los problemas económicos humanos.

²¹ También los defensores de la bioeconomía, o comportamiento económico-racional de los animales, toman como patrón la noción de racionalidad de la teoría económica.

²² Tanto cuando se dice que, *para la práctica*, es mejor ser irracional que racional, como cuando se dice que, *para la teoría*, la irracionalidad práctica se vuelve más racional que la racionalidad metódico-económica, se está tomando como sinónimo de irracionalidad lo que va contra la racionalidad teórica. Todo este embrollo deriva de que los economistas mantienen su noción de racionalidad económica como racionalidad única, imponiendo así el método al tema. Para superar estos problemas Sudgen (1991, p. 783) sugiere que los economistas deberían abrirse a la filosofía tanto como ya se abren a las matemáticas.

simplemente porque los agentes se ven forzados a elegir entre aquellas alternativas que están a su alcance²³, y no porque cada uno de ellos escoja la teóricamente más racional. Como explica Vriend (1996, pp. 269-270), el concepto de racionalidad económica queda, así, vaciado de toda referencia a la realidad, puesto que lo relevante para su aplicación no es que los agentes estudiados *sean racionales o no*, sino que su comportamiento *se pueda explicar mediante la caracterización usual de la racionalidad en Economía* – es decir: la maximización de una función objetivo bien ordenada. La consecuencia es que la racionalidad, así entendida, se reduce a una hipótesis del *método* económico, por lo que un problema se transformará en económico en la medida en que se pueda formular de acuerdo con el método del que la hipótesis forma parte. Como se puede ver, la conclusión anterior está estrechamente relacionada con la reducción del tema de la ciencia económica a su método, cosa que vimos propugnaban los defensores del imperialismo económico: no hay nada que sea verdaderamente económico o no económico en la realidad, es la aplicación de un determinado método lo que hace que cualquier cosa se convierta en tema de la Economía. Pero incluso aquellos que se oponen al imperialismo económico aceptan, sin darse cuenta, la supremacía del método sobre el tema. Toman como punto de partida el método, intentando «aproximarlo» al tema, pero sin cuestionarse si es el correcto, o no, para encontrar soluciones reales a los problemas prácticos que la economía plantea²⁴. Se comprueba, así, cómo todas las antinomias expuestas anteriormente coinciden en la reducción inconfesada de los temas reales al método de la Economía.

Es cierto que el método económico sigue aplicándose e intentando avanzar, pero, al no tener una noción clara de lo que estudia y sabe, sus pasos son vacilantes y están claramente faltos de orientación. Lo cual es perceptible en la forma fragmentaria de las investigaciones que se llevan a cabo y en la particularización creciente de las escuelas y de los temas en Economía. Como resumen final, hemos de decir que, en el fondo, la Economía no sabe bien qué tipo de saber es ella misma.

III. Conveniencia de la ayuda de la filosofía a la Economía: ¿puede la Economía olvidarse de su tema?

Una ayuda fundamental que puede aportar la filosofía a los científicos, y más en concreto a los economistas, es la de hacer comprender que el saber

²³ Por ejemplo, dentro de sus conjuntos de posibilidades de elección (Becker 1962, p. 12).

²⁴ Lawson (2013, p. 4) detecta que incluso los autores que son críticos respecto de esta corriente principal no abandonan el método de construcción de modelos matemáticos, lo que, según él, determina que los problemas ontológicos más básicos no sean investigados suficientemente o, incluso, sean ignorados en su mayor parte (Lawson, 2013, pp. 9-10).

humano no es simple, sino dualizante. Ninguna ciencia puede ser ni descrita ni ejecutada por su solo método, sino que, para su posibilidad racional como ciencia, requiere tener, por un lado, un *tema* y, por otro, un *método* propios²⁵. Por ejemplo, la Medicina es definida en el *Diccionario de la Real Academia* como “la ciencia y el arte de precaver y curar las enfermedades del cuerpo humano”. Su tema son las enfermedades del cuerpo humano, su método es, por una parte, científico-experimental, o sea, ciencia, y, por otra parte, es un arte, el de saber aplicar a cada individuo humano el tratamiento adecuado. Si sólo tomáramos en cuenta el método, quedaría igualada con la Veterinaria, que en el mismo diccionario se define como “Ciencia y arte de precaver y curar las enfermedades de los animales”. La diferencia entre ambas definiciones salta a la vista: la una estudia y trata a los hombres, la otra a los animales. Se diferencian por sus temas, no por sus métodos, que en la mayoría de los casos podrían aplicarse igualmente a unos y a otros. El tema es, pues, *el área o campo de lo real en el que se inscribe aquello a lo que un saber presta su atención*. El método es *el modo o enfoque con que se considera o trata ese tema*.

Es un requisito elemental de racionalidad no confundir el método con el tema. Confundir el modo de estudiar con lo estudiado es una demostración de inmadurez en el saber, muy extendida entre los científicos. Lo estudiado es una dimensión de la realidad, el estudiar es una dimensión del saber, o sea, de aquella actividad que sabe, se sabe y atiende a la realidad. Si estudio las habas, no son las habas las que estudian, sino lo estudiado. Sin embargo, muchos científicos que estudian, por ejemplo, las células o los genes, creen que son las células y sus genes los que estudian y, a la vez, lo estudiado. Pero es obvio que los genes y las células ni estudian, ni hacen hipótesis o experimentos, ni describen a los científicos. Repetimos: la condición mínima para que un saber sea maduramente riguroso es no confundir la actividad de saber, una de cuyas formas es el aprendizaje (la investigación o el estudio), con lo iluminado por ella. Cuando ambos extremos no se confunden, entonces salta a la vista que el saber no es monolítico, sino que es una actividad que admite muchos modos de despliegue, tanto por el lado de los temas²⁶, como —más aún— por el lado de los métodos²⁷.

En consecuencia, la Economía no puede ser una ciencia sólo por su método, sino que ha de serlo también por su tema. Pretender curar enfermedades con el método económico sería tan insensato como pretender sanear la economía eliminando un lóbulo cerebral a toda la población. Si entendemos

²⁵ La razón de esta distinción es antropológica, como se explica en Falgueras Salinas (1998, p. 174).

²⁶ Los temas reales no suelen poder ser abarcados por una única ciencia, sino que requieren el concurso de varias, así como de varios tipos de saber.

²⁷ Los métodos solos tampoco tipifican a una ciencia, eso lo hace la conjunción dual de tema y método. Si el campo de una ciencia (tema) puede subdividirse en subcampos, también cabe que el método de una ciencia tenga submétodos, o métodos que valen cada uno para cierta región de ella.

por Economía lo que sugiere Robbins, a saber, la ciencia que estudia la mejor manera de asignar recursos escasos a usos alternativos²⁸, entonces su tema será la escasez de los recursos para satisfacer las necesidades humanas, mientras que su enfoque o método será la administración óptima de los mismos. Para que sea una verdadera ciencia, la Economía ha de restringir sus ambiciones de saber al campo que le es propio, y que, por lo demás, no se deja fácilmente dominar, a saber: la diferencia entre los recursos escasos y las necesidades y deseos del hombre.

Pero, además, la filosofía puede mostrar que no sólo se han de distinguir los temas de los métodos, y viceversa, sino que los métodos han de acomodarse a los temas, no al revés. No cualquier tema puede ser tratado con cualquier método, antes bien cada tema requiere un modo ajustado de enfocarlo. Esto significa que no existe un único método general para estudiar y comprender todos los temas. Ésa, sin embargo, ha sido la pretensión de toda la modernidad, y en especial de la Ilustración (Falgueras Salinas 1988b, pp. 98 ss.).

Al fracaso de las pretensiones de un método único estamos asistiendo en nuestros días. La posmodernidad, aunque ella misma no siempre lo dice así, en el fondo no es más que el reconocimiento de la imposibilidad de entender todas las cosas con un solo método. Hoy se habla mucho de «pluralismo», pero el verdadero pluralismo no puede ser la arbitrariedad, el «todo vale»²⁹, ni la marcha atrás en el saber, sino el reconocimiento de que cada tema requiere un modo de enfoque que lo trate y entienda adecuadamente. Pluralismo sí, pero no pluralismo de «la verdad», o relativismo, sino pluralismo de los temas y de los métodos para acercarnos a ellos.

En cierto modo se puede decir que la ciencia económica representa uno de los últimos vástagos de la modernidad, en la medida en que es ella la que ahora, precisamente en el momento en que todas las demás ciencias tradicionales se están volviendo más o menos humildes, pretende someter a las demás ciencias bajo su método. Pero esa pretensión da lugar a absurdos.

Cuando se intenta aplicar el método de la Economía a la biología, puede acontecer que se acepte algo tan disparatado como decir que, en realidad, la gallina no es más que un medio que utilizan los genes para optimizar su reproducción, que es lo que sostienen ciertos socio-biólogos (Wilson 1975, pp. 3-6). Pero no menos absurdo es plantear la planificación familiar como si

²⁸ Véase Robbins (1962, pp. 13-16). Recurrimos a esta definición porque es la que tiene una mayor aceptación en la actualidad y la que más ha influido en la forma de entender la ciencia económica (Backhouse y Medema 2008; 2009).

²⁹ El «todo vale» es un modo de confundir los criterios de verdad y de bondad con el del éxito. Por lo general, muchos científicos creen que los métodos se usan y se tiran, según el éxito del momento, que, a veces, se mide sólo por la acogida social (éxito). Nosotros no nos referimos a ese tipo de métodos, sino al modo de enfocar o conocer un tema del saber.

se tratara de una inversión monetaria, o pretender reducir la religión a un juego de mercado entre la oferta y la demanda de servicios religiosos, o pretender explicar la racionalidad (económica) del suicidio y de las infidelidades matrimoniales³⁰. El imperialismo económico no ha llegado a descubrir que no es la arbitrariedad de los métodos la que manda sobre los temas, sino la riqueza de éstos la que obliga a la variedad de aquéllos.

La Economía no sólo debe abandonar los absurdos del imperialismo económico, sino que debe retomar el contacto directo con su tema propio y, olvidándose de generalizaciones grandilocuentes, aplicarse a considerarlo de modo adecuado, en lo que va implícito el tomar en cuenta que depende de la libertad y de las virtudes de los hombres.

IV. Conclusión

La exposición anterior ha destacado el estado de la cuestión y ha apuntado sólo algunas ayudas de la filosofía requeridas con urgencia por la Economía. El carácter urgente de tales requerimientos a la filosofía viene dado por la situación disparatada en que se halla actualmente la teoría económica: aparecen en ella antinomias que nacen de la aplicación de un mismo método, el microeconómico, y que impiden una visión consistente del conjunto de la Economía. Esto acontece porque la teoría económica dominante da por supuesto, erróneamente, que se puede entender con un único método, el de la teoría microeconómica, cualquiera de los temas de la Economía e incluso cualquier tema del saber. No nos referimos a la mera interpretación teórica de ciertos problemas configurados³¹ – para los que puede seguir siendo válido dicho método –, sino a la pretensión de obtener una comprensión abarcadora del quehacer económico. Por tanto, se trata no de eliminar el método utilizado en nuestros días, sino de ampliar sus planteamientos, y de tener en cuenta el tipo de cuestión que se esté considerando en cada momento para respetarla metódicamente, puesto que existen problemas que sobrepasan la capacidad de análisis del método microeconómico. Al ampliar el enfoque de los planteamientos, en el fondo lo que proponemos es admitir, junto al modo de trabajar en microeconomía, otros modos adicionales que permitan valorar las dimensiones antropológicas (éticas, filosóficas, etc.) de los problemas para una mejor comprensión del tema de la ciencia económica.

³⁰ Para los casos del análisis económico del suicidio y de las infidelidades matrimoniales, véase Hammermesh y Soss (1974) y Fair (1978), respectivamente.

³¹ Entendemos por «configuración de los problemas» la concreción histórica que adquieren socialmente los problemas humanos prácticos, la cual depende de aquella dimensión de la acción humana que se prime en cada momento: la ética, la política, o la económica, etc. (Falgueras Sorauren 2005, pp. 682-684).

Esta importante tarea de adecuar el método y el tema de la Economía se puede intentar realizar con ayuda de la filosofía, por ejemplo mediante el estudio lógico-filosófico de los métodos empleados por la ciencia económica, que es el modo habitual en el que los teóricos de la ciencia las ponen en relación hoy en día – tanto es así que, en la actualidad, la filosofía de la Economía se entiende como sinónimo de *metodología* de la ciencia económica³². Mas el problema de esta manera de relacionarlas estriba en que *con ella no se ayuda a salir de la confusión método-tema* que hemos señalado más arriba, puesto que las consideraciones de tipo lógico abstraen de los problemas reales para concentrarse en los metodológicos, y, en algunos casos, incluso en consideraciones hermenéuticas, que tampoco versan directamente sobre los problemas reales, sino sobre la interpretación del pensamiento o método de otros autores³³. Se requiere, por ello, otro enfoque que evite aquella confusión y sus consecuencias.

No obstante la disparidad existente entre la filosofía y la Economía, y a la que ya hemos hecho referencia en la introducción de este trabajo³⁴, la Economía se puede hacer receptiva al diálogo con la filosofía. La propia ciencia económica, en su esfuerzo por ofrecer una mejor guía a la actividad práctica del hombre, se ve forzada a intentar una mejor comprensión de sus fundamentos reales, lo que a su vez le lleva a plantearse cuestiones que le obligan a sobrepasar sus límites, abriéndose a otros saberes distintos (Falgueras Sorrauren 2005, p. 654)³⁵. Esto último acontece, por ejemplo, con las nociones de riqueza y pobreza, trabajo y ocio, producción y consumo, además de las de racionalidad e irracionalidad, de las que ya hemos hablado. Aunque la Economía intenta, con menor o mayor acierto, *medir* –por ejemplo, la riqueza y la pobreza³⁶ –, con sus mediciones no llega nunca a

³² Un ejemplo de la forma sutil en la que se equiparan la filosofía de la Economía y la metodología de esta última se puede encontrar en Hutchinson (1996, p. 188).

³³ Así lo hacen quienes discuten qué tipo de creencias filosóficas sostienen implícitamente los economistas (v.gr.: las de Popper u otras), qué tipo de paradigma es más ajustado a la ciencia económica, si el de Kuhn, el de Lakatos, etc. (Düppe 2011, pp. 171ss). Pero, en cualquier caso, como señala el mismo autor, el grado de sofisticación filosófica presente en los debates sobre metodología de la ciencia económica ha tenido como consecuencia que su efecto sobre la Economía haya sido justo el contrario al que inicialmente se pretendía, que no era otro que paliar la falta de interés de los economistas acerca de estos temas tras la revolución formalista de los años 50 del siglo pasado (Düppe 2011, pp. 163 ss., 173-174).

³⁴ A saber, que la filosofía busca la verdad desinteresadamente – esto es, con el simple afán de entender mejor los temas que estudia – la Economía, al ser un saber práctico, busca el conocimiento de forma interesada, o sea, en la medida en que dicho conocimiento redunde en una mejora de la situación práctica del hombre

³⁵ Obviamente, no es esta la única vía por la que la Economía se puede abrir a la filosofía, pues cuando la investigación teórico-económica se realiza de forma rigurosa, ella misma lleva a plantearse cuestiones tales como en qué consiste la teoría económica y qué tipo de saber proporciona (Rubio de Urquía 2000; 2009).

³⁶ Para una breve explicación de la distinción entre medidas absolutas y relativas de la pobreza, véase Ravallion (2008). Todas estas determinaciones o medidas son claramente arbitrarias *para la*

entender esas nociones, en todo caso las supone, pero no las comprende ni las desarrolla, y, al no hacerlo, ella misma no llega a clarificarse como ciencia, es decir, ni sabe bien lo que está haciendo ni es capaz de reconocer sus límites. Se ve, así, la conveniencia e incluso la necesidad de que la Economía sea ayudada por la filosofía en la obtención ajustada de ciertas nociones que ella sólo aplica.

Sin embargo, para que este tipo de ayuda por parte de la filosofía pueda ser llevada a cabo con fruto, es imprescindible que, previamente, la Economía recupere la historia del pensamiento económico como fuente de conocimientos teóricos. Los problemas de la Economía actual que hemos mencionado derivan en buena parte del hecho de que, a imitación de las ciencias empíricas –y, en general, de las que usan las matemáticas–, la ciencia económica ha marginado el conocimiento y aprecio de la historia de sus ideas. La filosofía enseña, por el contrario, que todo cuanto ha sido pensado por el hombre sigue teniendo vigencia y relevancia, siempre que se sepa referirlo a los problemas reales y a la búsqueda de la verdad. En el despliegue de la Economía se han ido y se van descubriendo conceptos básicos, algunos de los cuales fueron ya planteados en épocas pasadas, pero que no por eso dejan de estar vigentes en nuestros días. Si no los tenemos en cuenta, nos veremos obligados una y otra vez a planteárnoslos desde cero, corriendo el peligro de repetir, sin saberlo, los mismos planteamientos del pasado, y sin que avance nada nuestro conocimiento de la realidad.

Una vez que la Economía recupere sus temas y conceptos recurrentes, la ayuda que podrá prestarle la filosofía será la de ampliar sus planteamientos. Las nociones de racionalidad-irracionalidad, riqueza-pobreza, trabajo-ocio, producción-consumo, etc., siempre presentes en la historia del pensamiento económico, tienen un trasfondo filosófico-antropológico que necesita ser esclarecido y puede servir de base para entenderlas correctamente. Esta última vía, la de buscar los referentes filosófico-antropológicos, aunque quizás sea la menos explorada en la actualidad, es la que fomenta Polo (2012), y la que promete abrir un horizonte más enriquecedor para la *teoría* económica, siempre que ella busque una mejor comprensión de su temas.

VI. Bibliografía

Aristóteles, 1970, *Metafísica*, trad. V. García Yebra, Gredos, Madrid, vol. I.

–, 1985, *Ética Nicomáquea • Ética Eudemia*, trad. J. Pallí Bonet, Gredos, Madrid.

teoría, pues ninguna de ellas nos dice en qué consiste la pobreza, sino sólo nos ofrecen indicaciones cuantitativas para controlarla en la práctica.

Azzi, Corry y Ronald G. Ehrenberg, 1975, "Household Allocation of Time and Church Attendance", *Journal of Political Economy*, vol. 83, no. 1, pp. 27-56.

Backhouse, Roger E. y Steve G. Medema, 2008, "Economics, Definition of", en Steven N. Durlauf y Lawrence E. Blume (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, 2a. ed., Palgrave Macmillan, *The New Palgrave Dictionary of Economics Online*. 25 Enero 2013.

<http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_E000291>

doi:10.1057/9780230226203.0442(disponible vía <http://dx.doi.org/>).

-, 2009, "Defining Economics: The Long Road to Acceptance of the Robbins Definition", *Economica*, vol. 76, Suplemento 1, pp. 805-820.

Battalio, Raymond C., John H. Kagel, Howard Rachlin y Leonard Green, 1981, "Commodity-Choice Behavior with Pigeons as Subjects", *Journal of Political Economy*, vol. 89, no. 1, pp. 67-91.

Battalio, Raymond C., Leonard Green, John H. Kagel, 1981, "Income-Leisure Tradeoffs of Animal Workers", *American Economic Review*, vol. 71, no. 4, pp. 621-632.

Battalio, Raymond C., John H. Kagel, Don N. MacDonald, 1985, "Animals' Choice over Uncertain Outcomes: Some Initial Experimental Results"; *American Economic Review*, vol. 75, no. 4, pp. 597-613.

Baumol, William J., 1991, "Toward a Newer Economics: The Future Lies Ahead!", *Economic Journal*, vol. 101, no. 404, pp. 1-8.

Becker, Gary S., 1962, "Irrational Behavior and Economic Theory", *Journal of Political Economy*, vol. 70, no. 1, pp. 1-13.

-, 1976, *The Economic Approach to Human Behavior*. The University of Chicago Press, Chicago.

-, 1991, *A Treatise on the Family*, Harvard U. Press, Cambridge, Mass., edición ampliada.

-, 1993, "The Economic Way of Looking at Behavior", *Journal of Political Economy*, vol. 101, no. 3, pp. 385-409.

Becker, Gary S y Kevin M. Murphy, 1988, "A Theory of Rational Addiction", *Journal of Political Economy*, vol. 96, no. 4, pp. 675-700.

Blackman, James H, 1971, "The Outlook for Economics", *Southern Economic Journal*, vol. 37, no. 4, pp. 385-395.

Blaug, Mark, 1998, "Disturbing Currents in Modern Economics", *Challenge*, vol. 41, no. 3, pp. 11-34.

Colander, David, 2000, "The Death of Neoclassical Economics", *Journal of the History of Economic Thought*, vol. 22, no. 2, pp.127-143.

Colander, David y Arjo Klamer, 1987, "The Making of an Economist" *Journal of Economic Perspectives*, vol. 1, no. 2, pp. 95-111.

Colander, David, Richard Holt, Rosser Barkley, 2004, "The Changing Face of Mainstream Economics", *Review of Political Economy*, vol. 16, no. 4, pp. 485-499.

- Cooter, Robert y Thomas Ulen, 2012, *Law & Economics*,: Prentice-Hall, Boston, etc., 6a. ed.
- Dow, Sheila, 2007, "Variety of Methodological Approach in Economics", *Journal of Economic Surveys*, vol. 21, no. 3, pp. 447-465.
- Düppe, Till, 2011, "How economic methodology became a separate science", *Journal of Economic Methodology*, vol. 18, no. 2, pp. 163-176.
- Fair, Rair C., 1978, "A Theory of Extramarital Affairs", *Journal of Political Economy*, vol. 86, no. 1, pp. 45-61.
- Falgueras Salinas, Ignacio, 1978, "La contribución de Espinosa al idealismo moderno", *Anuario filosófico*, vol. 11, no. 1, pp. 59-74.
- , 1988a, "La fundamentalidad de los factores humanos en la economía", en AA.VV. *Homenaje a Alfonso Candau*, Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 81-100.
- , 1988b, "Ideas filosóficas de la Ilustración", en AA.VV. *Carlos III y la Ilustración*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, vol. I, 95-122.
- , 1998, *Hombre y destino*, Eunsa, Pamplona.
- , 1999, *Perplejidad y filosofía trascendental en Kant*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, (Cuadernos de Anuario Filosófico).
- Falgueras Sorauren, Ignacio, 2005, "El fin mínimo de la actividad económica" en Rafael Rubio de Urquía, Enrique M. Ureña y Félix-Fernando Muñoz Pérez (eds.): *Estudios de teoría económica y antropología*, Unión Editorial, Madrid, pp. 647-686.
- , 2012, "The Essence of Economics Imperialism: Uncovering the Defining Features of this Way of Conceiving and Doing Economics", Artículo no publicado.
- Friedman, Milton, 1991,: "Old Wine in New Bottles", *Economic Journal*, vol. 101, no. 404, pp. 33-40.
- Hamlin, Alan P., 1986, *Ethics, Economics and the State*, Wheatsheaf Books Ltd., Brighton.
- Hammermesh, Daniel S. y Neal M. Soss, 1974, "An Economic Theory of Suicide", *Journal of Political Economy*, vol. 82, no. 1, pp. 83-98.
- Kagel, John H., Raymond C. Battalio, Leonard Green y Howard Rachlin, 1980, "Consumer Demand Theory Applied to Choice Behavior of Rats", en J.E.R. Staddon (ed.): *Limits to Action. The Allocation of Individual Behavior*, Academic Press, New York, etc., pp. 237-267.
- Kagel, John H., Raymond C. Battalio, Howard Rachlin y Leonard Green, 1981, "Demand Curves for Animal Consumers", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 96, no. 1, pp. 1-15.
- Knight, Frank H. 1921/2002: *Risk, Uncertainty and Profit*, BeardBooks, Washington (reimpresión de la edición de 1921).
- Langlois, Richard N., 2001, "Rationality in Economics", *International Encyclopedia of Business and Management*, Thompson International Publishers, London, 2a. ed., (<https://web.uconn.edu/langlois/r700.htm>).
- Lawson, Tony, 2013, "What is this 'school' called neoclassical economics?", *Cambridge Journal of Economics*, vol. 37, no. 5, pp. 947-983.

Leontief, Wassily, 1971, "Theoretical Assumptions and Nonobserved Facts", *American Economic Review*, vol. 61, no. 1, pp. 1-7.

Levitt, Steven y Stephen J. Dubner, 2005, *Freakonomics. A Rogue Economist Explores the Hidden Side of Everything*, Penguin Books, London, etc.

-, 2010, *SuperFreakonomics. Enfriamiento global, prostitutas patrióticas y por qué los terroristas suicidas deberían contratar un seguro de vida*, trad. Juan Manuel Ibeas, Mondadori, Barcelona.

Lipman, Barton L., 1991, "How to Decide How to Decide How to...: Modeling Limited Rationality", *Econometrica*, vol. 59, no. 4, pp. 1105-1125.

Mair, Douglas y Anne G. Miller (ed.), 1991, *A Modern Guide to Economic Thought. An Introduction to Comparative Schools of Thought in Economics*, Edward Elgar, Aldershot, etc.

Marshall, Alfred, 1961, *Principles of Economics*, 9a. ed., MacMillan & Co., London.

Mayer, Thomas, 1992, *Truth versus Precision in Economics*, Edward Elgar, Aldershot.

Oswald, Andrew J., 1991, "Progress and Microeconomic Data", *Economic Journal*, vol. 101, no. 404, pp. 75-80.

Phelps Brown, E. H., 1972, "The Underdevelopment of Economics", *Economic Journal*, vol. 82, no. 325, pp. 1-10.

Piá Tarazona, Salvador, 2001, *El hombre como ser dual*, Eunsa, Pamplona.

Polo, Leonardo, 1964, *El acceso al ser*, Universidad de Navarra, Pamplona.

-, 1985, *Curso de Teoría del conocimiento II*, Eunsa, Pamplona.

-, 1999, *Antropología trascendental I*, Eunsa, Pamplona.

-, 2012, *Filosofía y Economía*, Eunsa, Pamplona.

Posner, Richard A., 1987, "The Law and Economics Movement", *American Economic Review*, Papers & Proceedings, vol. 77, no. 2, pp. 1-13.

Ravallion, Martin, 2008, "Poverty Lines", entrada ", en Steven N. Durlauf y Lawrence E. Blume (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, 2a. ed., Palgrave Macmillan, *The New Palgrave Dictionary of Economics Online*, 24 Enero 2013.

http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_P000349

doi:10.1057/9780230226203.1319(disponible vía <http://dx.doi.org/>)

Real Academia Española de la Lengua, 2001, *Diccionario de la lengua Española*, 22a. ed., (<http://www.rae.es/drae/>).

Robbins, Lionel, 1962, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, 2a. ed., MacMillan, London.

Rubinstein, Ariel, 2006, "Dilemmas of an Economic Theorist", *Econometrica*, vol. 74, no. 4, pp. 865-883.

Rubio de Urquía, Rafael, 2000, "Acerca de los fundamentos antropológicos de la ciencia económica. Una introducción breve", *Revista Empresa y Humanismo*, vol. 2, no. 1, pp. 109-129.

-, 2009, "¿Qué es la Teoría Económica", *Revista Portuguesa de Filosofía*, vol. 65, pp. 519-548.

Sen, Amartya K., 1987, "Rational Choice", en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (eds.): *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, The MacMillan Press, London, vol. 4, pp. 68-74.

Simon, Herbert A., 1957, *Models of Man. Mathematical Essays on Rational Human Behavior in a Social Setting*, John Wiley & Sons, New York, etc.

-, 1983, *Reason in Human Affairs*, Standford U. Press, Standford.

-, 1987a, "Bounded Rationality", en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (eds.): *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, The MacMillan Press, London, vol. 1, pp. 266-267.

-, 1987b, "Satisficing", en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman (eds.): *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, The MacMillan Press, London, vol. 4, pp. 68-74.

-, 1997, *Administrative Behavior. A Study of Decision-Making Processes in Administrative Organizations*, The Free Press, New York.

Sudgen, Robert, 1991, "Rational Choice: A Survey of Contributions from Economics and Philosophy", *Economic Journal*, vol. 101, no. 407, pp. 751-785.

-, 2000, "Credible Worlds: The Status of Theoretical Models in Economics", *Journal of Economic Methodology*, vol. 7, no. 1, pp. 1-31.

Tomás de Aquino, 1961, *Summa Theologiae*, B.A.C., Madrid.

Vriend, Nicolaas J., 1996, "Rational behavior and economic theory", *Journal of Economic Behavior and Organization*, vol. 29, no. 2, pp. 263-285.

Wilson, Edward O., 1975, *Sociobiology. The New Synthesis*, Belknap, Cambridge, etc.

Worswick, George D. N., 1972, "Is Progress in Economic Science Possible?", *Economic Journal*, vol. 82, no. 325, pp. 73-86.